

# El himen de la soledad

*Valentina del Mar Verdugo Acosta*  
Estudiante  
*valentinad-verdugoa@unilibre.edu.co*



Foto: Freepik.es

Yo, al igual que toda criatura mortal, fui testigo de la persecución de la muerte, como si todos fueran paganos y yo simplemente una insana que era más inteligente que ella veía atónita los últimos suspiros de gente cercana e inútil en mi vida.

Mi mayor defecto ha sido la falta de empatía, eso que uno supondría tener por fabricación, me cuesta saber que como ser moral debo pensar y avivar la cercanía del dolor y la aproximación del fin, yo solo puedo discernir el pesar con un simple “dios, no, es terrible” y fingir que me concierne con una aflicción en mi rostro.

Esa acción tan burda y tan decepcionante para mi querida materna tuvo que ser mi lío durante la pandemia, cuando mi abuela se acumulaba de bolas cancerígenas por todo su cuerpo, “al menos no es Covid”, en mi ignorancia pensé debido a que era la moda petrificante en China, como si el cáncer fuese el problema más mínimo de la medicina universal.

Las noches en el Hospital Instituto Nacional de Cancerología ESE eran una pesadilla, los pacientes allí tiritaban de dolor

y repetían las mismas palabras “no me quiero morir, no me quiero morir, por más que me duela no me quiero morir”; “me duele, me duele, doctora, me duele”; “ayuda, por favor, ay mi cuerpo”. No sé qué era más estremecedor, si ellos diciéndolo cosas tan espantosas que me hacían imaginar en ese estado con la enfermedad hereditaria de mi abuela, que estuvieran acostados en el piso y largo de las sillas con una cantidad absurda de cobijas o a mi abuela acostada en mi regazo cayéndose al piso cada veinte minutos porque yo me caía del sueño y el cansancio. Yo me pregunto, una estudiante desempleada y mimada qué iba a saber sobre cambiar pañales a un anciano, era una abominación para respirar, uno lo evitaba, claro, pero cuando los pulmones te exigen que te sacrifiques para no morir por no tomar respiros en medio de aguadas y sangrientas heces es casi una afrenta a la ciencia de mi cuerpo. Veía videos de cómo hacerlo, ante todo la información, mientras dormía en banquetos fríos con la espalda arqueada y una cobija de tela delgada sobre mí, esperando a que terminaran el cambio de turno y volver a oler esos pañales atroces. Jamás en mi vida conocí lo que es estar podrido por cáncer hasta los inicios de la pandemia.

Nunca me dio vergüenza de comer dulces adentro cuando todos ellos no tenían gusto, y me decía: “Bueno, al menos no es por COVID que no pueden saborear”. De nuevo, desprestigiando al cáncer. Cuando pasaron a la abuela a una silla desplegable, no una camilla, una silla, llegó una señora joven de cuarenta años que se dormía en su silla de ruedas con cada hebra de cabello dividiéndose de su cabeza poco a poco, su hijo la acompañaba y notó que yo me comía una arepa de carne con maíz

tierno. Qué barbaridad, soy la peor referencia de seducción culinaria, pues el hijo creyó que sería buena idea dársela a ella, pero para cuando dio el primer mordisco comenzó a llorar de la rabia, estaba tan irritada de no saborear que se quitó la aguja donde daba paso la quimio y golpeó al muchacho. Estaba sangrando tanto que hizo que todos se despertaran y comenzaran de nuevo con sus chillidos. Todos estaban tan preocupados por los otros, pero yo solo pude mirar hacia la televisión, subir el volumen manualmente para ambientar el drama y ser la primera de esa sala de urgencias en saber del primer caso de covid.

Cada día iban aumentando los casos y los tapabocas costaban el doble, la abuela perdía la fuerza de sus pies, la miraba con lástima porque de toda mi familia yo era la que más veía cercana su muerte. Yo había notado cómo el color de las manos caía de su carne, su cabello sin brillo y los ojos apagados, ¿quién tiene la suerte de ver la transición de la muerte? Aunque sea escalofriante, yo lo vi tan brillante, tan natural. No hablo del cáncer, hablo de la muerte llegando al cuerpo.

Mientras dormía en el piso escuchaba historias terroríficas de brujas, odiaba cuando el pitido de la máquina de latidos sonaba, era un total asco porque interrumpía mi tranquilidad. Estaba tan harta que, al saber la poca paciencia de las enfermeras para atender un simple pitido debido a lo ocupadas que estaban, estudié minuciosamente la forma en que la apagaban, era tan sencilla, solo era mover la polea del conducto del suero, pulsar un botón y listo. Me volví experta, hasta quise renunciar a mi carrera para ser enfermera. Pero no, me detuvo mis uñas putrefactas por la diarrea que tuve que detenerle a la abuela, ¿sabían que la muerte apaga la lectura que tenemos de nuestro cuerpo? Ella ya no sentía lo que era tener ganas de comer, de ir al baño, de querer algo, de soñar, cuando se tiene un dolor escurrido por el estómago solo quieres abrirte la carne para explorar cada partícula cizallante, a uno le carcome el morbo muchas veces y yo tenía ganas de abrir a mi abuela y sacar su cáncer, pero no para curarla sino para apreciar el veneno evitativo de la ciencia en mis manos, olerla, estudiarla, sentirla. Cuando se está tan solo en un hospital, escuchando gritos y miradas de deseo por tu sanidad, los videos no son capaces de distraerte, ni las lecturas, y mucho menos hablar con amigos cuando todos están disfrutando felices sus vacaciones. Yo tenía dos grandes amigos cercanos en ese entonces,

los quería mucho y los tenía en un pedestal, pero en el momento que estuve muriendo de sueño, hambre, sed, cansancio, dolores, ellos solo platicaban de anime y les importaba un bledo, ¿qué podía hacer yo? Solo mirar la sangre seca del piso (porque a las aseadoras les daba asco la gente con cáncer) e imaginar... imaginar, imaginar e imaginar.

La soledad no solo te espabila de lo solo que estás, sino que te da a entender que eres tan dependiente que necesitas de ella.

¿Con qué me distraigo? ¿A quién le hablo? ¿A mi amiga Camila? ¿A mi ex? ¿A mi casi algo? ¿Me meto a Tinder? Necesidad de querer hablar para no presenciar el vacío derrotado que tienes adentro, no me quería dar por vencida, alguien debía escucharme y atender en mis momentos más difíciles. Solo era cuestión de entrar a la Universidad y ser capaz de socializar de nuevo, no podía susurrarle a mí yo interno para poder llorar tranquila. Y me jodió en demasía al saber que no me estaba humeando el corazón por mí ser querido a punto de morir por cáncer que por covid, sino porque estaba sola. Desde pequeña he tenido la atención de la persona más insignificante en mi vida, estaba tan acostumbrada de seguir y ser perseguida que el momento de reflexión era un gramo de idiotez que solo los filósofos necesitan.

Entré a la Universidad después de pasar Navidad y Año Nuevo entre mareos y vómitos, la abuela seguía agonizando en el hospital siendo una vieja amargada y rabiosa por todo. Mientras yo me sentía más aliviada de tener mi círculo de vuelta, no me importaba nada más que ver a mis compañeros. Las clases estaban bien, todo me encantaba y fuimos a comer con mis amigos, salí con un chico y la pasé fenomenal, aunque hice la cosa más estúpida: subirme a su auto sin saber ni a dónde íbamos ni quién era él realmente. Me llené de satisfacción conociéndolo y que me escuchara, apreciaba mi belleza, mis rizos dorados y todo mi cuerpo. Era tan inocente y estúpida, pensé “le gusta mucho mi ropa”, claro... una virgen de diecinueve años solo puede pensar en la caballeridad. Estoy viva de milagro. Lo que más me impactó (y atención a esto) es la unión que cada profesor nos ofrecía, eran tan elegantes con su retórica que yo me imaginaba con cada uno tomando café y hablando de la razón de ser. Estaba convencida que cada uno era un ser humanístico y profesional, todo marchaba de maravilla, tenía compañía y además todos los

maestros me amaban al ser la monitora de todo. Tenía grandeza, tenía estilo, estaba en la cima y todos me preguntaban por todo, me buscaban, mi cita casi asesina me hablaba hasta la madrugada, tenía unos tiempos perfectos para estudiar y entregar mis trabajos. Era un ejemplo, yo era espectacular.

Mi caída psicológica estaba cerca, algo tenía que bajarme de mi templo para escupirme mi perfecto cabello. La última clase presencial que tuve me encontraba yo en prácticas del colegio, yo había liderado todo y la maestra me había dicho que quería contar conmigo para darme más cursos que los demás y así tener mejor desenvolvimiento con las clases. Como dije, la empatía era muy poca, así que tomé la oferta y salí del colegio de la Universidad burlándome internamente de la manada de ilusos conformistas que tenía por compañeros. Yo me ganaba muchas ventajas con los maestros sin que nadie supiera, como puntos extras por colaboración, omisión de errores en un examen, amistad, compromiso, participación y defensa en sus clases. Lo merecía, yo era ejemplar.

Cuando pasó el fin de semana anunciaron la cuarentena, los casos eran ascendentes y debía ser controlado, me llené de alegría que iba a ser solo una semana, todo iba a ser suspendido (hasta las clases) y así tendría más tiempo de estudiar y adelantar mis trabajos como la rata de biblioteca que yo creía ser. En esa sola semana me golpeó un poco la realidad, yo no era la única sin empatía pues mi padrastro y mi madre no se soportaban el uno del otro, verse tanto las caras los hacía odiarse hasta al punto de gritarse vulgaridades ostentosas, a mí me daba igual como siempre porque su relación me valía un camino, yo

jamás quise un padre sustituto o siquiera un padre como para darme la tarea de crear lazos lelos. Yo sabía cómo terminaba eso, yo sentada en el comedor con un hombre diciendo ser soñador y buen amante para mi madre, ¡Mentira! Cuando mamita daba la espalda, papito susurraba a su hijita lo mucho que desea una cama caliente con ella. Así que me ahorro la porquería de construir lazos de hombres fetichistas. Ellos terminaron el amor bendecido, puro y respetuoso que iba cada ocho días a la iglesia en esa inmundicia semana de cuarentena. Los casos seguían aumentando y yo solo pensaba en volver a la Universidad, pero salió el comunicado de alargar la cuarentena y hacer unas pequeñas vacaciones en la U para poder manejar la nueva modalidad de las clases.

Dios mío santo, puedo decir que ese comunicado me sedujo a la rabia y no sé cómo condenada madre yo aguanté para no quitarme la piel de los ojos y reventarme los dientes. Mi abuela estaba ya en casa con mi tía y peor que antes, ya ni podía levantarse y sus heces olían de una manera insoportable, era como si vomitara por el culo la menstruación. Carajo, ese olor era de lo peor. Mi tía y mi madre le pagaban a una señora para que cuidara a la viejita, pero era una mañosa loca, tenía la piel oscura, gordita, cocinaba bien y gritaba por todo. Yo trataba de estudiar, pero mi abuela no dejaba de gritar y gritar, “Perfecto, se dejó influenciar”, me dije. Yo me encerraba con mi primo a jugar videojuegos y hablaba con mis amigos. Recordemos que a mí solo me importaba no estar sola. Un día desperté a medianoche y vi a mi madre con mi tía arrodilladas a un costado de la cama de la abuela, con una vela en las manos y a oscuras, yo me asusté en ese momento y me

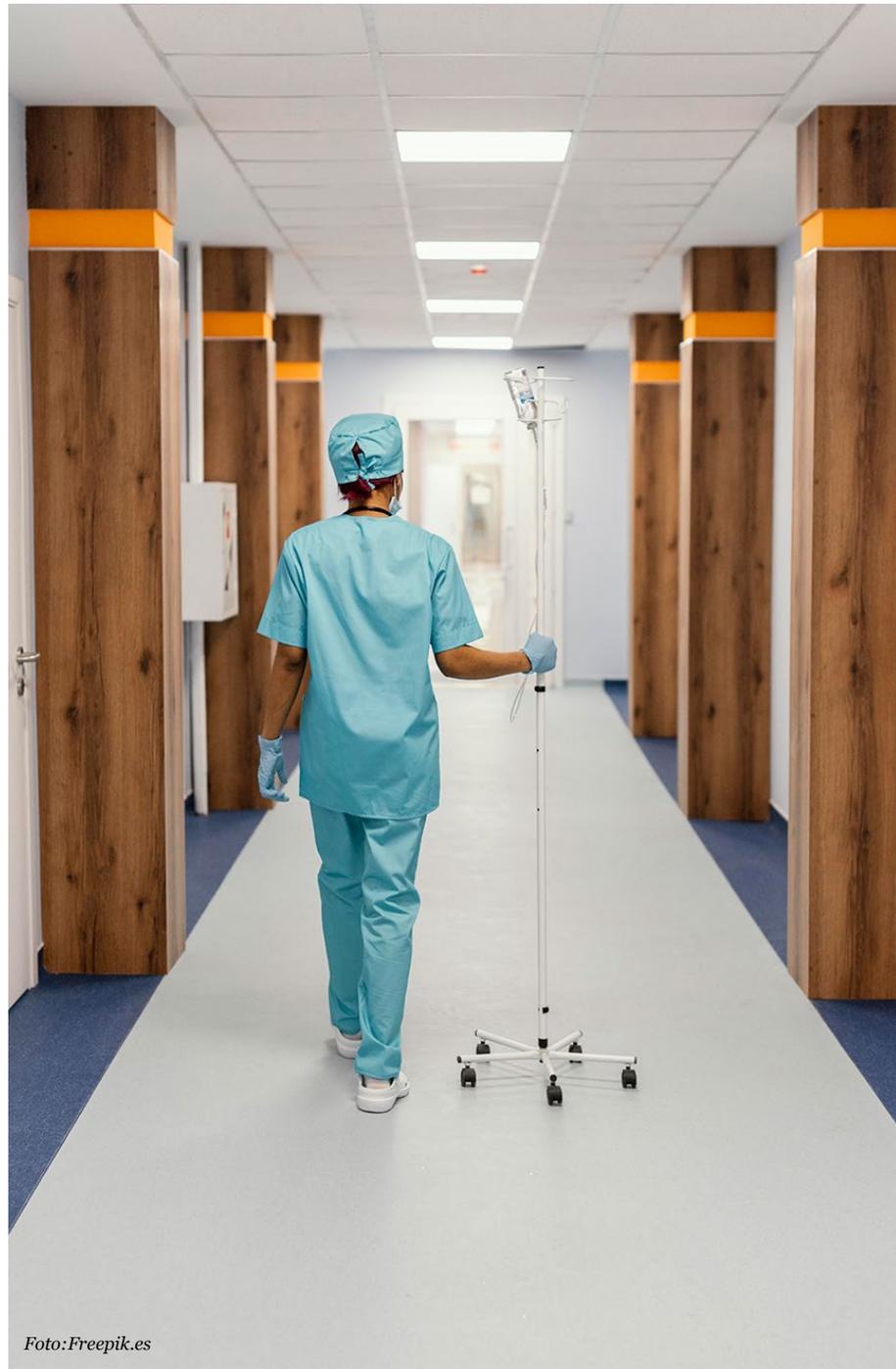


Foto:Freepik.es

imaginé a ellas entregar su vida al demonio por volver la de la abuela, algo que me pareció insensato no por los chismes de la religión sino porque es una vida anciana que ya vivió lo que tenía que vivir y es justo dejarla ir porque empiezan a estorbar. Ellas se disculpaban, pedían perdón por ser unas santas imbéciles que solo se interesaban por los problemas de dinero, por ver quién era mejor y porque la una era más bonita que la otra, por pelearse por quién la acompañaría a una cita médica o quién podría ir a la finca de Anolaima con ella, por ser unas hijas de cuero duro que solo se complacen tocándose la vanidad. Fue de lo peor, ese día todos estaban ya segurísimos que la abuela se iba a morir, “esa ya no aguanta”, “no puede más, déjela ir”, “mi mamita ya está en sus últimas”, “todo acabó”, “despidámonos bien”; y la pobre abuelita con los ojos bien abiertos escuchando atentamente todo eso enfrente de ella. Ella en serio creyó morir, dejó de comer por culpa del cáncer y no por la COVID, dio su último suspiro y se fue. Las funerarias estaban locas por llevar muertos, tan extasiado de todos ellos que tuvimos el cuerpo de la abuela un día entero, pero lo que fue chistoso era que todos nos sentamos en el primer piso a comer pollo frito mientras reíamos. Muerte, ¿cuál muerte? No fue nada trágico, murió bien, con su familia a su alrededor y muerta de risa al día siguiente, hay que vivir encima de la tumba antes de que lo hagan con uno.

Volvimos a las clases, esta vez en la virtualidad. Fue lo peor, no hablaba con casi nadie, mis amigos estaban tan aguados en su mundo que solo me platicaban de tareas y más tareas, era un momento excesivo en mi vida, los profesores estaban masturbándose enviando trabajos como desquiciados, las clases eran fatídicas al estar todo el día uno sentado. El horario de la mañana constaba de tres clases seguidas sin descanso, yo me levantaba y me cepillaba los dientes para estar fresca y empezar la jornada, pero a lo largo del día me daba sed y hambre, ganas de hacer un poco de ejercicio o dormir encima del teclado porque no había podido dormir investigando todo, el tema del virus y mi madre llorando de una manera desgarradora. Lo que yo hacía era ir a la cocina y hacerme un tinto, mi mamá era incapaz de sostenerse así que me tocaba sola alimentarme, mi casa no es tan gran y la computadora quedaba en la sala cerca de la cocina, “Del Mar, Del Mar, Del Mar, ¿está ahí? ¿No? No está. Tome su falla”, esa poca paciencia que tenían todos los benditos profesores. No es que no quisiera contestar, estaba haciéndome un sencillo tinto, y lo

malo de ser monitora y estar siempre presente en las clases es que notaban a zarpa-zo que no estabas y te colocaban falla o te empezaban a odiar.

Una vez mi madre tuvo un ataque de pánico porque no podía respirar bien y le echó la culpa al virus, no al hecho de estar depresiva y no salir del cuarto acumulando sus gases y las transpiraciones del cuerpo, yo trataba de calmarla como podía, me daba tanta melancolía verla en ese estado. Sus ojos estaban muertos, sus pupilas pequeñas, casi no tenía color y sus lágrimas eran de gota gruesa. Pobre mujer desgraciada. Entretanto, a la maestra le valía tres hectáreas y comenzaba con su discurso “Del Mar, Del Mar. Se fue Del Mar”, yo le expliqué todo a la maestra del porqué no había podido estar atenta a la clase, no sé y me tragué el cuento de la unión entre alumno y profesor, ignoró por completo lo que le decía y me colocó falla porque ese es el protocolo. En varias clases estuve sumida a mis pensamientos y comenzaba a llorar por todo lo que estaba pasando, los problemas económicos que me incitaban a regalar mi virginidad al mejor postor, las dificultades mentales que me atormentaban diariamente, esa antipatía que yo generaba en el aula virtual y la soledad. Dios, cómo olvidarla, pasaba tanto tiempo conmigo misma que me empezaba a detestar con solo verme, me arrancaba mis cabellos hermosos y mis ojeras eran impresionantes, tenía mis ojos rojos y los labios muy secos. Detestaba tanto pensar que estudiaba rigurosamente para olvidarlo todo y hacía mis labores a última hora.

Me carcomía ser tan patética, el complejo de abandono me arrebató la paz y gritaba siempre contra la almohada. Mi madre

y yo estábamos tan solas y colgando de un abismo que mi padrastro volvió a la casa para ayudarnos con todo, hasta a soportarnos. Yo soy muy rencorosa y me repugna hacer como si nada pasara, atosigante lo sé, pero no tengo alma para los demás, pero sí que los demás la tengan conmigo.

Yo nunca había peleado con una maestra, era yo un ser ejemplar, recordemos eso. Me acusó de tramposa por estar viendo hacia el computador. Resulta que tenía el equipo de la Universidad, pero estos no tienen cámara, por lo que tenía que conectarme con la del celular y escuchar desde el pc. Por hacer eso, esa ser viviente acomplejada de ser podrida de mente, pero buena en inglés, me hizo retirarme del parcial y comenzar a romper todo en mi cuarto, me jodía que me molestaran por cualquier idiotez, rompí hasta el plato con mi desayuno, volví mis paredes deplorables y una reprimenda tatuada en los nervios de mi cuerpo por parte de mi madre. Indomable, se podría decir.

Me parecía una afrenta todo lo que me sucedía, comencé a rascarme la piel duramente hasta ver sangre, y aun así no era suficiente. A veces, cuando perdía un parcial o me distraía tanto que los maestros me lanzaban indirectas fuertes, me metía a la ducha con el agua helada y me quedaba a llorar, era mejor así pues las lágrimas combinan con el agua. Se había ido todo más allá de lo que podía controlar, era una blasfemia incomprensible que tenía que lidiar con la carga emocional ajena y la de mí misma. No tenía una mano de-

recha, un aliento de vida que me recordara mi pronta muerte para gozar de la vida.

“¿Cuál vida?”, me pregunté. Y me di cuenta de que estaba inconsciente de que vivía. No tuve ayuda psicológica y no iba a pagar uno en medio de una pandemia que arraigó una crisis económica. Miento, estuve con una de la Universidad que me aconsejó sonreírle a la vida por razones inexistentes, no sé si yo soy muy compleja o neófito, pero jamás llegué a comprenderlo.

¿Pero qué rescato de la pandemia? Aparte de los golpes que me propinaba para darle un escarmiento a esos gordos de mi cuerpo escurridos por la cintura, esas rayas en las nalgas que me asustaban cuando me bañaba y yo más me rasguñaba, la lluvia de cabello cada mañana encima de la almohada por no comer y vomitar días seguidos, las cachetadas estruendosas cuando me equivocaba en una respuesta y no tenía compasión por parte del maestro, las uñas partidas por los fuertes puños que le daba al piso como si fuera culpable de mi miseria, los gritos fuertes que me hacían desprender la voz por varios días al ver que mis amigos cercanos estaban igual, jodidos o no jodidos, saber que no podía soportar otro día sola porque no podía con mi propio peso. Rescato el momento en que dejé de ser virgen a los veinte, porque es ahí donde me di cuenta que daba asco tomar decisiones desacertadas por el simple hecho de no querer estar solo.

Él y yo no nos volvimos a ver, solo me quedó el consejo honesto de abrazar mi soledad. Uno no puede depender de lo que hace el otro, no debe dejarse llevar por su imaginación y mejor controlar la hambruna emocional. Estar solo es un fuerte, un don, una característica a quererse a uno mismo, a desnudar las capacidades ilustres que guardábamos por culpa de la aceptación. Yo soy alguien trabajando por ser mejor, por disfrutar de su cuerpo y su inteligencia, por criticar sin miedo, señalar al descarado y amar a quien se entrega. Debemos decirles ¡no! a los lazos sin virtud y formar uno con el himen de nuestra soledad. ■